



#### IV.

### EL NIÑO.

En su infancia el hombre es un fragmento de blanda cera con el cual podrá modelarse una estatua viva de formas correctas, en la que todo está colocado y dispuesto para el vigor y la longevidad. El niño tiene su fisiología y su higiene propias; su patología es también especial, y con frecuencia tiene que luchar con predisposiciones heredadas, aunque hay afortunadamente grandes recursos para conjurar las consecuencias, y sin tener que combatir contra hechos consumados que más tarde habrán de venir a contrariar y á limitar su acción. Psicológicamente hablando, sus relaciones son inciertas, y un carácter marcado de su sistema nervioso, es la necesidad de largos y frecuentes sueños, resultado probable del metabolismo más activo de su cuerpo.

Los cambios nutritivos son suficientemente enérgicos para proveer á las necesidades de la reparación y el crecimiento, y esto hace trabajar al corazón más fácilmente, por lo que á su vez la circulación es más frecuente, pudiendo alcanzar hasta 120 y más pulsaciones por minuto, mientras que en el adulto hay sólo de 70 á 80 en el estado normal.

La fuerte cantidad de alimentos que el niño necesita para vivir nos indica la energía de sus aptitudes digestivas. Lo mismo que

el digestivo, el aparato nervioso, tiene un fuerte predominio principalmente en su parte simpática, lo que lo hace muy impresionable. En el recién nacido pesa el cerebro aproximativamente 352 gramos, constituyendo la octava parte del peso total del cuerpo, mientras que en el adulto no representa más que la 44.<sup>a</sup> parte de ese peso, es decir, el peso proporcional del cerebro en los niños, es nueve veces mayor. Esta diferencia se hace todavía más notable, cuanto que el peso del cerebro está hasta cierto punto en relación con la estatura, según lo ha demostrado Parchape, y por lo tanto, los niños deben tener un encéfalo relativamente menor que el adulto. No hay datos precisos sobre el peso proporcional de la médula espinal en el niño; pero siendo la relación del peso de éste órgano con el del encéfalo, como 1 es á 50 en el adulto, si admitimos que esta proporción es la misma para el niño recién nacido, obtendremos la cifra de 7 gramos como peso medio de la médula: ahora bien, esta cifra es la 443.<sup>a</sup> parte del peso medio del cuerpo del recién nacido, mientras que el peso de la médula del adulto, valuado por término medio en 72 gramos no es más que la 2,222.<sup>a</sup> de su peso. La diferencia proporcional del peso de la médula en el adulto y en el recién nacido estará entonces representada por la relación entre las cifras 1 y 5. Siendo el predominio del volumen una medida bastante del predominio de actividad, se puede deducir, que el sistema nervioso en su conjunto está más desarrollado en el niño, y explicarse de este modo los caracteres del temperamento nervioso con las propensiones morbóscas que dimanan de ellas, se combinan en él con las del temperamento linfático, debidos igualmente á un desarrollo exagerado de otro sistema orgánico: hé aquí el temperamento mixto, linfático-nervioso.

El niño, es cierto, no funciona como el adulto, no desempeña la función de la generación; pero desempeña otra función más, que es la del crecimiento:

La fragilidad de la salud en los niños es muy grande, pues la mortalidad en la infancia es el 1 por 5, y al cabo de los 5 años sólo 1 entre 3 sobreviven. Y no debe admirar tal cosa, cuando se reflexiona en la fragilidad del cerebro, en la blandura de su pulpa que

casi es difluente. La multiplicidad de impresiones que en los primeros años se reflejan en éste órgano, y por fin los estrechos lazos de solidaridad simpática que tiene en esta edad con los otros aparatos, y particularmente, con el digestivo, es el *por qué* de la susceptibilidad del cerebro para una simple indigestión, las parálisis, las convulsiones, etc., etc.; y todavía es mayor la susceptibilidad de la médula; de allí, las contracturas periféricas intermitentes, la epilepsia y el baile de San Vito; en los niños, más que por desorden de la sensibilidad, es por los trastornos de la motilidad que se hacen las manifestaciones del sistema nervioso. En este sentido es en el que Ch. West, ha dicho con razón, que el sistema espinal predomina en los niños sobre el sistema cerebral, y que la convulsión reemplaza en ellos al delirio de los adultos.

Como á los siete meses, la primera fase de la vida marcada por la dentición, sucede en lo general una interrupción aciaga de los cuidados de la naturaleza, que temporalmente deja de ser buena madre para convertirse en mala madrastra. Aunque lo cierto es que la dentición es una prueba crítica para los niños, una época más ó menos morbosa. La sabiduría de las naciones ha dicho: *buen niño hasta en la dentición*, y es una buena observación. Fonssagrives, dice: los animales aunque mas próximos que nosotros al estado natural, sufren también mucho por la dentición.

Las necesidades sensitivas especiales se acentúan más y más, y á medida que el niño crece, se van perfeccionando sus sentidos, pues en los primeros años tiene una gran agudeza intelectual, buen oído y buen tacto, que con frecuencia disminuyen al hacer más completa su vida psíquica.

Curioso es ver cómo el recién nacido, sabe quejarse, chillar y hasta irritarse, pero no sabe llorar; aunque todo dolor vivo sea de la naturaleza que fuere, puede arrancar lágrimas; sin embargo, éstas en el ser ya desarrollado están sobretodo bajo la dependencia de la impresionabilidad moral: por eso el adulto que al romperse un brazo no vierte una sola lágrima, solloza al presenciar una escena triste de comedia. El niño despierta cada vez más á la vida de relación, empieza á desarrollarse ó á marchar vacilando hacia los

objetos que desea: así como la reiteración de las sensaciones há suscitado la manifestación de la memoria; la continua percepción de relaciones nuevas hace despertar la inteligencia, preciosa facultad á la cual debe el ser humano su supremacía en el mundo.

La existencia del niño que se va desarrollando, está todavía expuesta á miles de peligros como atado á una de las leyes inexorables: *struggle for life*, ó lucha por la existencia. La nativa impetuosidad y su inexperiencia propia arrastran al niño por un mar lleno de escollos. Y todavía hay que agregar muchos otros accidentes como la *ilegitimidad*, plaga social tanto física como moralmente; élla abandona al recién nacido á la beneficencia pública cuando apenas abre sus pequeños ojos.

La ilegitimidad es un gran obstáculo al aumento numérico de las poblaciones. Montesquieu, dice sobre este punto: "las uniones ilícitas contribuyen poco á la propagación de la especie. El padre que tiene la obligación de trabajar y educar á sus hijos es en ellos desconocido; y la madre que queda con esta obligación, encuentra mil obstáculos por la vergüenza; el remordimiento, las mil dificultades de su sexo y el rigor de las leyes: la mayoría de las veces carece de medios. . . . De todo esto se deduce que la continencia pública está naturalmente relacionada con la propagación de la especie."

El Dr. Fonssagrives dice también, "que la ilegitimidad y el celibato son dos hechos sociales, unidos uno á otro por una relación de efecto á causa." Siendo esto así, la estadística debe acusar mayor proporción de hijos naturales en los países en que menos abundan los matrimonios. En verdad esto es lo que se prueba en algunas ciudades de Europa. El celibato, (no haciendo referencia al religioso) es un mal social y también un mal individual, por que los solteros viven menos que los casados, cometen más crímenes, suministran un contingente mucho mayor á la enagenación y se suicidan más á menudo. El celibato debilita las poblaciones no sólo en número sino en calidad; sirve de vehículo principal al veneno sífilítico y altera las costumbres. La natividad ilegítima cria una raza débil, mal conformada y singularmente dispuesta á las enfermedades constitucionales, á la escrófula, á la tisis, al idiotismo y á la epi-

lepsiá, que trae á la vida una herencia moral è intelectual, à menudo reprochable; que está creada anormalmente fuera de la familia; que hace pesar sobre la sociedad cargas que ésta no puede rehusar, pero que son excesivas, y que amenaza ademàs á su seguridad aumentandno el número de estas exigencias sin raíces y sin funciones que desempeñar; que se hayan naturalmente impulsadas á la improductibilidad y al desórden.

Al hacer palpable que la ilegitimidad es un mal bajo todos los puntos de vista, los autores llaman la atención sobre la evidencia de esta ley: el bien físico dà siempre como desendencia el bien moral y por el contrario, hace que el mal moral nunca engendre el bien físico.

Hay pues que buscar tambien en las cualidades físicas de los ascendientes los gèrmenes de enfermedades constitucionales que un niño recibè de ellos, porque la predisposición hereditaria está á la mitad del camino de la salud y de la enfermedad: esto será el preservativo de *las enfermedades de familia*, de *la medicina del porvenir*, puesto que vá á mejorar la raza aminorando la mortalidad, no es la medicina ordinaria que tropieza yá contra hechos consumados.

Contra el sello hereditario resúta la potencia de la higiene infantil que puede transformar ó modelar el organismo dócil del niño.

La herencia morbosa transmitida por el padre escrófuloso, tísico, herpético, gotoso, epilèptico ò vesánico, sería infaliblemente un mal de la infancia, sinó neutralizára algo, la mezcla de otro temperamento individual, como el sanguíneo, que Fleury, hà llamado con razon, *el gran modificador* de los demás temperamentos dominantes.

La influencia de la herencia se hace más viva cuando la consanguinidad matrimonial vá á estimularla. Ella por sí sola es una escrófula en los niños, y tan triste conclusion hà sido publicada por la estadística, que es el resúmen de la observación y la experiencia.

La piel en el niño es como en el adulto, el espejo de las diátesis; allí están las manifestaciones cutáneas, llamadas costras de leche anunciando el linfatismo, que es menos que un temperamento, un grado inferior de escrofulismo.

Ese vicio tan de moda, el alcoholismo, debilita tambien horriblemente el organismo de los hijos, predisponiéndolos al desarrollo del escrofulismo que es la puerta de entrada de la tisis, del herpetismo y casi de todo aquello que vá á fundirse en purulencia.

El principal remedio para mal tan grande es poner sangre en lugar de linfa, es decir, transformar ésta.

La madre debe ser sana para que no criè hijos enfermos, y si nó póngase una nodriza, que solo se admitirá en la familia despues de haber sufrido un minucioso exámen médico.

El feto masculino pesa más que el femenino, como lo prueban todas las estadísticas: la de Tarnier, que comprende todos los alumbramientos de todo tiempo ocurridos durante diez y seis años en la Maternidad de Paris, y que se refiere á 17.064 recién nacidos de ambos sexos, dá por resultado 3.268 gramos como peso medio de las niñas. Existe pues una diferencia de 158, ó sea de la vigésima parte de su peso en favor de los niños. Por lo que respecta á la estatura, Quételet hà demostrado, que el recién nacido del sexo masculino, tiene por término medio 50 centímetros de altura, y el del sexo femenino 494 milímetros solamente. Esta diferencia se mantiene durante todo el crecimiento, y á los 25 años la estatura media de la mujer es 10 centímetros próximamente menor que la del hombre. Además en cualquier grupo de población se encuentra un exceso constante en la natalidad, en favor del hombre, aunque despues se nota un exceso en los seres femeninos, lo cual se puede explicar por la diferencia que hay entre la vida aventurera y sembrada de peligros que lleva el hombre, y la más regular, más segura y más tranquila que disfruta la mujer. Todas estas condiciones estáticas de volumen y de peso, prueban la especialidad sexual para que han sido constituidas.

*El peso del niño y sus deposiciones*, son los signos decisivos de su estado sanitario y ellos darán las indicaciones terapéuticas. Una balanza simple, como dice Fonssagrives, puede ser el vigiante de las fluctuaciones de la prosperidad nutritiva del niño. Guillot y Buchand, establecen que el recién nacido toma cada vez que mama, el primer dia 3 gramos de leche; el segundo 15 gramos; el ter-

cero 40; el cuarto 55 gramos y esta cantidad se va elevando á 60 y á 80 durante los primeros meses, y á 100 y 130 gramos desde los 5 meses. En consecuencia el niño toma desde el primero al quinto mes, de 600 á 800 gramos de leche cada veinticuatro horas y del quinto mes para adelante de 800 á 1.000. Estas cifras pueden variar como bien se comprende; pero fijan de tal modo las ideas, que el juicio del médico cuando no el de las familias podrá servir grandemente.

Segun el Dr. Flores y Plá, por término medio, un niño recién nacido pesa tres ó cuatro kilógramos. Este peso sufre un aumento diario durante el primer trimestre de 30 gramos próximamente, durante el segundo de 15 gramos; durante el tercero de 10 gramos y durante el cuarto de 7. Deberá el niño haber duplicado el peso que tenía á su nacimiento, al final del quinto mes, llegando casi á triplicarlo al terminar el primer año. Hay un pesa-niños llamado de Desosses.

Por lo que respecta á las deposiciones forman un criterio de valor inmenso para saber si un niño está bien nutrido, que grita poco, que engorda convenientemente, en una palabra, que mama una buena leche: en tal caso debe el niño, hacer en las 24 horas, tres ó cuatro deposiciones que no deben manchar mas que la parte de las mantillas que tocan, sin tener en su periferia un extenso círculo de infiltración acuosa; deben conservar su coloración por la exposición al aire y por su mezcla con la orina; su consistencia deberá ser espesa y su color amarillo. Cuando la alimentación no es buena ya por efecto de una enfermedad que camina hacia ese estado de inanición lenta é insidiosa que Parrot, llama atrofia infantil ó atrepsia, ya por efecto de una leche mala ó insuficiente, ó en fin por ambas causas, la naturaleza de las deposiciones se cambia, toma un tinte verdoso, son como picadillo con fragmentos como de leche no digerida, medias aguadas, mas numerosas, pero mas cortas y se expelen con dificultad como lo prueban los esfuerzos visibles del niño y la expresión angustiada de su pequeño rostro que se contrae y se enrojece; algunas veces son amarillas las deposiciones en el momento que se excretan y

después se vuelven verdes, ya espontáneamente, ya bajo la influencia del contacto de la orina ó del aire: éstas deposiciones de *dispepsia lechosa*, son dependientes de un desorden secretorio del hígado, que al fin, si no se procura una buena lactación, dirigida por el médico, vendrá la demacración que en todos los periodos de la vida trae la idea de una alteración de la salud y que en el niño es más significativa, pues además de la reparación incesante que el juego de la vida ocasiona en su sustancia, debe aumentar ésta rápidamente, de lo contrario, el marasmo infantil, la inanición con sus aftas ó mugueto; con su diarrea y falta de calor vital, anunciarán la muerte de aquel ser.

Terminemos este cuadro hablando de la forma más lamentable de la herencia, que es la vesánica, ó sea la transmisión de las diversas formas de enajenación de los descendientes. La herencia se verifica en este caso de dos modos: ó bien los niños tienen en su ascendencia enajenados, ó bien reciben de ellos por efecto de una transformación de la epilepsia, del histerismo, del alcoholismo, etc. el germen de la vesania que puede desarrollarse en ellos; aunque sucede que padres maniacos pueden procrear monomaniacos, dementes ó melancólicos, y que cada forma de enajenación en vez de transmitirse con su carácter específico, puede separarse de él por la herencia y venir á revestir, sucesivamente y por metamorfosis, todas las formas de enajenación.

No sólo la locura de causa psíquica ó cerebral, tiene el funesto privilegio de transmitirse así de padres á hijos, sino también la engendrada por causas exteriores, como, por ejemplo, el alcoholismo, y positivamente la desgraciada generación de los borrachos cuenta con frecuencia idiotas, epilépticos y locos. Una observación delicada y minuciosa ha hecho conocer últimamente que no es rara la enajenación en los niños. La profilaxia no de la locura hereditaria efectuada sino de la predisposición vesánica, es puramente la educación y no los medicamentos. La herencia de la enajenación puede producir sin duda sus efectos muy pronto; pero en la gran mayoría de casos, no ocurre esto hasta la segunda infancia, y principalmente al aproximarse la pubertad.

El espiritualismo más nebuloso no puede desconocer la intimidad de relaciones que ligan lo físico y lo moral y la influencia de lo uno sobre lo otro. La independencia es sin duda bastante real para que se afirme la libertad; pero en el viaje de la vida, el cuerpo y el alma no van tan sólo al lado ó en pos uno de otra, reunidos casualmente para encaminarse hacia el mismo objeto, sino que se penetran, se influyen recíprocamente, se acompañan y afirman à cada paso la estrechez de la solidaridad que les reúne. Aquí, como en el histerismo debe la dirección ser de tal modo que domine en esos niños la plasticidad sobre la emotividad.

Pero la educación moral é intelectual es la que principalmente habrá de decidir de su suerte, y se trata en este caso de una educación que empieza desde los primeros tiempos de la vida, y no establecida tardíamente. El ser moral, ha dicho J. de Maistre, se forma temprano, se desarrolla en el regazo de la madre, y sus rasgos principales terminan à una edad en que se supone que apenas se bosquejan. Esta primera educación maternal es mas decisiva de lo que se cree, y su valor preservativo depende estrechamente del valor moral é intelectual de la madre à quien está confiado este cargo. Una madre nerviosa, que ella misma se entrega à los trastornos de una emotividad funesta, no es nada apropiado para desempeñar semejante tarea. Sustituirá el capricho por la regla, una ternura irreflexiva y apasionada, por la razón; exaltará la sensibilidad del niño, excitará desmesuradamente sus nervios, acrecerá su facultad de sentir, admirará en él una precocidad de sentimiento y de inteligencia, en la que una observación más fría, vería un peligro; en una palabra: modelará ese pequeño ser según las inspiraciones de su naturaleza apasionada, ardiente é irreflexiva.

No es en semejante atmósfera en la que el alma de un niño que lleva en sí la amenaza de una herencia sospechosa puede adquirir esa estabilidad que hay que facilitarle à toda costa.

Cuando llegan las necesidades de la instrucción, hay que elegir entre la educación privada ó en un colegio. Esta elección, tan embarazosa en muchos casos, no lo es en éste, y el simple buen sentido indica que es preciso separar à estos niños de las condiciones

morales de un centro que, por el carácter de los padres y las tendencias de su imaginación, puede tener cierta similitud con la predisposición que han traído al nacer.

Una cuidadosa educación de la sensibilidad física y moral de los hijos se impone pues, como una necesidad para su salud, y tiene por principios, la fortaleza contra el dolor y las molestias, la limitación de sus necesidades, y por tanto, el alejamiento de las costumbres de bienestar y sensualidad, el cuidado de no desarrollar su sensibilidad física por tumultuosa simpatía cuando se libran del dolor.

Respecto à la sensibilidad moral debe procurarse no acariciar demasiado à los niños, ni amonestarlos excesivamente, porque hay que evitar que esos extremos lleven à la hipochondría à los niños cuyos antecedentes y tendencias, verdaderamente los precipitan.

La educación intelectual no es ménos difícil que la moral y la física. La cultura de la inteligencia es una salvaguardia cuando está bien dirigida, más es un peligro cuando se guía sin discernimiento, la olgazanería y el aburrimiento que engendran son una amenaza; el canzancio cerebral es otra.

Lo repetimos una vez mas, hacer dominar la actividad de los músculos sobre la de la imaginación, ó al ménos moderar ésta con aquella, debe ser la base de la educación que les conviene; es decir que la gimnasia, los ejercicios libres y los juegos, deben tener ancho campo.

Steiner, que ha estudiado mucho la enagenación en los niños, cita en su obra el caso de un niño de doce años que estaba persuadido de que su padre quería matarle; cuando le veía, era acometido de gran agitación, y quería escaparse; tenía la cabeza caliente y la mirada ansiosa. Otro niño de seis años, no tenía más compañeros para sus juegos que su hermana. Habiendo muerto ésta, de una enfermedad del cerebro, cayó áquel en profunda melancolía; enflaqueció, y se entregó à la idea de que le estaba reservada la misma suerte que à su hermana, palpándose al menor malestar y atribuyendo una significación lúgubre à los hechos mas insignificantes, à tina rubicundéz accidental de la piel ó à un grano.

Al cabo de dos años se curó. Poco después hubo que encerrar a su madre en una casa de locos. Respecto a la debilidad psíquica, relacionada en la mayor parte de los casos con una imperfección orgánica del cerebro, comprende la categoría de los niños atrazados, de los imbéciles y de los idiotas.

Respecto a la sensibilidad moral debe procurarse no ser excesivo a los niños ni manifestar excesiva simpatía porque hay que evitar que sus extremos lleguen a la hipocresía a los niños.

La educación intelectual no es menos difícil que la moral y la física. La cultura de la inteligencia es una actividad cuando esta bien dirigida no es un peligro cuando se trata sin discernimiento.

La educación moral y el cultivo de la sensibilidad son una actividad que debe ser cultivada con mucha actividad. La educación física es una actividad que debe ser cultivada con mucha actividad. La educación intelectual es una actividad que debe ser cultivada con mucha actividad.



La educación física es una actividad que debe ser cultivada con mucha actividad. La educación intelectual es una actividad que debe ser cultivada con mucha actividad. La educación moral es una actividad que debe ser cultivada con mucha actividad.

## V.

## NERVIOSIDAD.

Hemos dicho al comenzar la MEDICINA SOCIAL, que la llamábamos así, porque trataba de algunas de las enfermedades que nacen bajo la influencia social. Dijimos también que a esas dolencias humanas, en la actualidad se les da el nombre de *neurastenia*, lo cual constituye un estado particular ó *neurosis*, que por cierto no tiene un límite marcado entre la fisiología y la patología, pues el examen clínico no encuentra en él otra cosa que la exageración en la actividad nerviosa, la sobreexcitación que dependería, psicológicamente hablando, de la mayor ó menor actividad de las facultades del alma.

Hay positivamente una constitución nerviosa nativa, a la que, cualquiera que sea el nombre que se le dé, es inestable ó defectuosa, haciendo al individuo incapaz de soportar la violencia de las cosas adversas, es decir de las contrariedades de la vida, que como los anillos de una cadena enlazan las causas y prevenciones de los trastornos de la inteligencia, que comenzando en la pasión pueden acabar en la locura.

—Cómo va de salud querido amigo?

—Mal, muy mal, estos malditos nervios. . . .

De allí la posibilidad de esa retahíla de desórdenes de las funciones psíquicas que enlaza desde el vulgar *desmayo*, es decir desde la simple sensación de debilidad general del cuerpo, hasta ese adormecimiento más ó menos profundo que constituye el peligroso *coma* ó *sueño excesivo*, y cuyos eslabones intermedios, son el *desfallecimiento*, el *vértigo* y el *síncope*, con sus trastornos instantáneos